

MISCELÁNEA: EL TENOR CARASA.— EL ORFEÓN TOLOSANO.—LOS VASCOS

DE grandes triunfos obtenidos por nuestro distinguido paisano el joven tenor Carasa, dan cuenta en diversos diarios del extranjero, los críticos musicales de más renombre.



D. Federico Carasa.

El diario *Unión*, dice : «La voz de Carasa es bellísima, sonora, verdaderamente hermosa». El *New York Herald* añade, que al cantar *Pagliacci* triunfó como cantante y como actor. *El Fígaro* refiere, que su admirable voz entusiasmó al público, que le aclamó repetidas veces en los puntos culminantes de la ópera *Pegliacci*. *Petit Nicols* afirma, que podría creerse que Puccini había escrito la parte de Mario, de la *Tosca*, con particular predilección por el Sr. Carasa. Dice *L'Eckaireur*: «El joven tenor Carasa nos presentó un Rodolfo (*Boheme*) de gran maestría, y de una voz verdaderamente sorprendente, que causó enorme impresión». Afirma por su parte *Saison de Nice*, que Carasa es un artista de positivo mérito y canta con una bella voz y con verdadero sentimiento. Por último, *La Rivista teatrale melodramática*, al tratar de los éxitos alcanzados por Carasa en el Municipal de Odessa, se expresa en estos

términos: «Toda la prensa elogia con unanimidad los méritos del artista, afirmando que con su voz extraordinaria y llena de pasión, ha conseguido cautivar, el *divo*, al aristocrático y exigente público que concurre á ese elegantísimo teatro».

Excusamos manifestar, la satisfacción que nos produce la lectura de tan halagueñas noticias, relativas á nuestro querido paisano y amigo.

* * *

No descansa en los laureles conquistados la brillante masa coral de Tolosa, que tan alto supo poner el nombre y los prestigios de la industriosa villa guipuzcoana.

Prepárase, por el contrario, con mayores arrestos, para concurrir á las diversas expediciones proyectadas, que serán, seguramente, otros tantos triunfos para la laureada Sociedad.

El 29 del presente mes se trasladarán á Asteasu, el mes de Agosto irán á Vitoria y por Septiembre á Irún.

Han comenzado ya los ensayos para estas tournées, en que la entusiasta entidad musical, pondrá de relieve la excelencia de los cantantes y las notables facultades de su competentísimo director el insigne maestro Mocoeroa.

* * *

En nuestro número anterior reproducíamos del trabajo del Sr. Antón del Olmet, la descripción que hace de un tipo al que confunde con los hidalgos castellanos presentados por el Greco, y prosiguiendo en su empresa añade :

«En contraposición á este tipo étnico que yo llamo Ibero, otro llama poderosamente la atención, en Guipúzcoa sobre todo. Ya he dicho algo de él de pasada. Es el Ibero-Teutón. Hombres enormes, casi gigantescos, vientres inmensos y morrillos colosales. Las cabezas, cuyo peso asusta á simple vista, son redondas como esas bolas de piedra berroqueña con que Herrera adornó su arquitectura, que vemos como ornamento en casi todos los puentes de Castilla. Son hombres tardos como bueyes, los más, pesados, lerdos en sus movimientos como premios en la idea. Son callados. Su mirada inexpresiva recuerda algo la de los bueyes que ellos guían. Sus moles gustan del reposo. Hay algo en ellos disonante. Aquello sí que nos es extranjero á los que, como yo, somos y nos enorgullecemos y nos jactamos de ser españoles, considerando depresivo no serlo. Allí encontramos algo visto en otra parte.

»Rara vez se ve entre ellos una nariz aplastada ó respingona. En todos ellos el elemento Ibero ha puesto el sello de su predominio. Son las narices y las cabezas que se ven en los Museos, representando en

bustos de mármol á griegos y á romanos. Pero, estudiando á los vascos de este tipo, no es en los griegos ni romanos donde encontramos el mayor parecido. En algún sitio actual, entre gentes vivientes, hemos hallado estas moles pesadas, estas cabezas de tola, estos morrillos que nos dejan atónitos: en Alemania, detrás del mostrador de una cervecería, en Francia, en muchas partes. Estos vascos son teutones modificados por la hegemonía Ibera. Y esto me hace recordar que en la provincia de Bayona, entre los vascos franceses, es abundante este tipo. Y como en Vizcaya es raro y en Guipúzcoa es frecuente, el tipo Ibero-Teutón de la Vascaña española, esto es, de Cantabria, es influencia francesa.

»Porque preciso es saber que los franceses, pese al tópicó de «la raza latina», son franceses, esto es, francos, quiere decir teutones. Como en Grecia y en Italia, hubo una mezcla, no estudiada todavía, de teutones, que modificaron el tipo de la raza, dando por resultado esas enormes cabezas redondas que la estatuaria clásica ha legado á la posteridad.

»Hay otro tipo étnico único, inconfundible, que ha pasado inadvertido, como todos, á los que se han ocupado de etnología vascongada, porque el procedimiento de los etnólogos consiste en tomar un montón de seres humanos de un país que se supone una raza, sin comprender que los conceptos de nación y de raza son cosas diferentes, y en cada nación, por lo menos en Europa, están mezcladas todas las razas europeas, y medir sus cráneos en tropel sin apartar previamente los grupos étnicos de aquella unidad humana. Ese tipo, del que Tácito nos habla refiriéndose á los ingleses y á los españoles, Silures é Iberos, y cuya descripción coincide exactamente con el que se presenta delante de nuestros ojos, es el que yo no vacilo en llamar Ibero-Indo, y cuyo núcleo se encuentra en el valle de Arratia, en Vizcaya.

»Ya en Alava lo encontré, presentado y entrevistado, en las camareñas del Hotel. Eran mujeres lindas, finas, graciosas, de cutis moreno oscuro, de ojos negros de azabache, de nariz recta ó aguileña y de cabello como el ala del cuervo. Preguntadas de dónde eran aquellas andaluzas «de seno bruñido», para decirlo con la frase de Musset, quedé vivamente sorprendido al saber que el disparate del poeta francés, hijo de la fuerza de la rima, se convertía en una realidad lógica. Si aquellas encantadoras mujeres no eran, precisamente, como la amante del autor de «Las Noches», «La Marquesa de Amaegui», eran perfectamente vascas.

»—¿De dónde?

»—Yo soy de Oñate.

»—Yo de San Sebastián.

»—¿Y usted?

»—Yo soy navarra, me responde fieramente la tercera.

»Pues bien, al entrar de lleno en la Cantabria, al encontrarnos en

el corazón del país vasco, nos vemos sorprendidos frecuentemente. Son hombres y mujeres de tez bronceada, color de chocolate, de ojos negros luminosos, fulminantes, de facciones correctas, puras, de rostro oval, de nariz aguileña ligeramente, de cabello negro, reluciente, áspero, duro, cerdoso, lo mismo que la endrina. Este tipo, en Durango, deja de ser aislado para trocarse en frecuente y se convierte en casi único en el valle de Arratia. Aquí los hombres tienen las cejas unidas, como un cepillo, las manos como enguantadas por el vello, negro siempre. El pecho, el cuerpo todo de estos hombres de Arratia es peludo, como de osos.

»—He aquí un tipo, pienso, que yo he visto como raza en otra parte.

»Esa parte no es España, en donde se encuentra con frecuencia, singularmente en Andalucía, mi patria natal. No. Ese tipo, constituyendo una raza única, lo he visto yo. ¿Dónde? En la India. Estos vascos bronceados son los mismos que he visto en la Isla de Ceilán, los que he visto en Singapoore, son los polizontes de Inglaterra en todas sus colonias del Extremo Oriente, desde el Cairo hasta Pekín, en toda oficina pública del Gobierno británico. Con sus cascos de calcuta, son los indios gigantescos de Hong-Kong, de Shagai ó de Tientsin, empleados en los barrios ó «concesiones» de Inglaterra. Con un turbante blanco sobre el cual se yergue una pluma retadora, vestidos de ricas telas y cargados de collares de perlas y diamantes, son los clásicos Rajás que he visto en la India y que en Europa han visto todos cuando han venido á las coronaciones de los reyes.»

¿Indios los vascos?..... Si hubiera dicho *indianos*. Pero no se detiene aquí el Sr. Antón, que para mucho más tiene alientos. Véase sino:

«Pero no es sólo en la India donde este tipo lo he visto como raza. Sin mencionar á los Persas ni á los Egipcios, que son la misma raza en sus rasgos esenciales, yo los he visto en Europa, en España misma constituyendo una raza. Sí, es verdad. Son los húngaros, los bohemios, los gitanos. Y, en el momento de evocar estas tribus, que en los alrededores de Huelva habitaban en cuevas hechas en los cabezos arenosos, veo ante mí á tres gitanos en Durango. Son una anciana, una mujer y un niño. Es imposible nada más fino, más elegante, más gracioso, más expresivo, más bello, ni más inteligente. ¿Son gitanos? El vestido lo denuncia, las enaguas huecas, el mantón caído, los claveles cayéndose. Es el castizo uniforme de las gitanas españolas, la indumentaria de la Buñolería.

»Las interpele. Y aprendo que el gitanillo se llama Gabarri.

»—Paco Gabarri, me dice el arrapiezo.

»Quedo suspenso; Gabarri, pienso, es un apellido vasco. Ahondo en este tema.

»—Mi hombre—me dice la madre del chiquillo, lleno de vida, con ojos como chispas—es de esta tierra, pero vive conmigo y pasa por gitano.

»—¿Y usted de dónde es?—pregunto.

»—Yo, de Valencia, me explica la gitana.

»Y como yo quiero saber si es valenciana por sí ó por accidente, es decir, si es española ó si es gitana, me dice que es española, pero que, como ha vivido siempre con gitanos, pasa por gitana.

»—Pero, entonces, pregunto, ¿quién es aquí gitano?

»Y la anciana, adelantándose, se pone en jarras delante de mí :

»—¿Quién ha de ser, señor?, me dice. ¡Yo!

»La miro. Esta, en efecto, es la auténtica. ¿Lo es? Ella lo dice. Pero yo los miro á todos. Miro á los vascos arratianos que pasan. Recuerdo á los andaluces de tipo bronceado y no encuentro étnicamente la menor diferencia entre vascos de este tipo, españoles bronceados, gitanos, Persas, Egipcios é Indios.»

Y nada más.

El Sr. de Antón quiere que seamos todo eso, y principalmente gitanos.

Pero á esto responderemos con la frase que, con su gracioso *cachet*, repiten las muchachas *ziburutarras*:

¡Ez *gare kaskotak!*

